

y mongólicos, como las mismas damas. Cuando la nobleza de Moscou da un baile á la familia imperial, la cosa debe resultar extraordinaria. En cuanto á mi hermano Alejandro y á mí, se nos consideraba demasiado jóvenes para tomar parte en un ceremonial tan importante.

Y, sin embargo, después de todo, yo formé en él. Nuestra madre había sido íntima amiga de madame Nurimoff, la esposa del general que era gobernador de Wilno cuando se empezó á hablar de la emancipación de los siervos; esta mujer, que era muy hermosa, se esperaba que asistiera al baile en compañía de su hijo, niño de unos diez años, vestida con un traje verdaderamente magnífico, de princesa persa, formando juego con el que se había hecho para el niño de príncipe del mismo país, de un lujo extraordinario, con un cinturón cubierto de piedras preciosas; pero habiendo caído éste enfermo en aquellos días, su madre creyó que uno de los hijos de su mejor amiga debiera ser el mejor sustituto del suyo. Y, al efecto, nos llevaron á su casa á Alejandro, y á mí, á que nos probásemos el vestido. A él, que era más alto que yo, le estaba muy corto; pero á mí me ajustaba perfectamente, y, por consiguiente, se decidió que yo representase el príncipe persa.

El inmenso salón del palacio de la nobleza moscovita estaba cuajado de invitados. Todos los niños recibieron estandartes coronados con las armas de cada una de las sesenta provincias del imperio ruso. Yo tenía un águila flotando sobre un mar azul, que representaba, según supe después, las armas del gobierno de Astrakhan en el mar Caspio. Se nos formó á todos en la antecámara y marchamos después lentamente en dos hileras, dirigiéndonos hacia la elevada tribuna en que se hallaban el emperador y su familia; al llegar allí, nos dividimos á derecha é izquierda, quedando así alineados en una sola fila ante ellos. A una señal dada se levantaron todos los estandartes, y la apoteosis de la autocracia aparecía muy expresiva. Nicolás quedó encantado; todas las provincias del imperio rendían homenaje al jefe supremo. Después, los niños nos retiramos pausadamente al fondo del salón. En aquel momento se produjo alguna confusión; los ayudas de cámara, con sus brillantes y bordados uniformes, corrían en todas direcciones, y yo perdí mi puesto en la formación; pero, mi tío, el príncipe Gayarin, vestido de tungo (yo estaba absorto, contemplando con admiración su traje de pieles y su aljaba llena de flechas), me levantó en sus brazos y me colocó en la plataforma imperial. Bien fuera por ser yo el más pequeño de todos los niños presentes, ó porque mi cara redonda, adornada por un cabello rizado, y la cabeza cubierta con un gran gorro de pelo de astracán llamaran su atención, lo cierto es que Nicolás quería que me llevaran adonde él estaba, y allí permanecí entre generales y señoras que me miraban con curiosidad. Después me dijeron que el emperador, quien siempre fué aficionado á chistes de cuartel, me tomó por el brazo y, conduciéndome adonde estaba Maria Alexandrovna (la esposa del príncipe imperial), que se hallaba próxima á su tercer alumbramiento, dijo en su lenguaje militar: — Esta es la clase de niños que debéis traerme — gracia que la hizo ruborizar en extremo. De lo que sí me acuerdo es de que él me preguntó si quería dulces, y yo le contesté que lo que deseaba era galletas pequeñas, de las que se sirven en el te (en casa no nos veíamos hartos nunca); entonces llamó á un

criado y me vació una bandeja entera en mi alta gorra. — Se las llevaré á Sasha — le dije.

Sin embargo, Mikhael, el hermano de Nicolás, que tenía aspecto de soldado y fama de ser muy chistoso, consiguió hacerme llorar. — Cuando sois niño bueno — dijo — os tratan así — y me pasó su gran mano por la cara hacia abajo. — Pero cuando sois malo, os tratan así — y me la pasó hacia arriba, refregándome la nariz, que ya tenía una tendencia marcada á crecer en tal dirección. Las lágrimas, que en vano traté de contener, asomaron á mis ojos; las señoras en el acto se pusieron de mi parte, y Maria Alexandrovna, que tenía muy buen corazón, me tomó bajo su protección; me sentó á su lado en una silla alta de terciopelo verde con espaldar dorado, y mi familia me dijo después que al poco tiempo eché la cabeza en sus faldas y me quedé dormido, no moviéndose ella de su asiento en todo el tiempo que duró el baile.

Recuerdo también que, mientras que aguardábamos en el salón de entrada el carruaje, los míos me acariciaron y besaron, diciendo: — Chiquito, te han hecho paje. — A lo que yo contesté: — No soy paje; quiero irme á casa — hallándome muy preocupado, pensando en la gorra que contenía las galletitas que le llevaba á Sasha. No sé si llegaron á su poder muchas; pero recuerdo el abrazo tan apretado que me dió cuando le dijeron el interés que yo me había tomado en el asunto.

El ser inscrito como candidato para el cuerpo de pajes era entonces una gran distinción, con la cual rara vez Nicolás favorecía á la nobleza de Moscou. Mi padre estaba contentísimo, y ya soñaba con una brillante carrera cortesana para su hijo, y mi madrastra, cada vez que hablaba del particular, agregaba siempre: — Todo se debe á las instrucciones que le dí antes de ir al baile.

Madame Narimoff se hallaba también muy complacida, é insistía en querer retratarse con el vestido que tan admirablemente le sentaba, teniéndome de pie á su lado.

* * *

La suerte de mi hermano Alejandro se decidió del mismo modo al siguiente año. En aquella época se celebraba el aniversario de la creación del regimiento de Izmaylousk, al que mi padre había pertenecido en su juventud. Una noche, mientras que la casa entera estaba sumergida en un profundo sueño, un coche de tres caballos, y llenos de campanillas los arneses, paró ante nuestra puerta, y un hombre que saltó de él, gritó: — ¡Abrid! ¡Una orden de su majestad el emperador!

Fácilmente se comprenderá el terror que esta visita nocturna sembró en nuestra casa: mi padre, temblando, bajó á su despacho; « los consejos de guerra y la degradación militar » eran cosas de que se oía hablar todos los días; era una época terrible. Pero Nicolás no quería más que tener los nombres de los hijos de todos los oficiales que habían pertenecido al regimiento, con objeto de que se mandaran á las escuelas militares, si es que aún no se había hecho. A ese propósito se envió un mensajero especial desde San Petersburgo á Moscou, el cual llamaba noche y día en las casas de los ex-oficiales.

Con mano temblorosa, mi padre escribió que su hijo mayor Ni-

colás, estaba ya en el primer cuerpo de cadetes en Moscou; que el menor era candidato para el cuerpo de pajes; no quedando más que el segundo, Alejandro, por entrar en la carrera militar. Algunas semanas después se recibió una comunicación informando á mi padre de « la gracia imperial », ordenándosele á Alejandro que entrara en un cuerpo de cadetes en Orel, pequeña población de provincia: costándole á mi padre mucho trabajo y mucho dinero que se permutara dicho punto por Moscou. Este nuevo « favor » sólo se obtuvo en consideración á que ya nuestro hermano mayor se encontraba en el primer cuerpo de cadetes de esta ciudad.

Y así, debido á la voluntad de Nicolás I, ambos tuvimos que recibir una educación militar, á pesar de lo cual no pasaron muchos años sin que, por lo absurda, nos pareciera odiosa esa carrera. Pero Nicolás cuidaba mucho de que ninguno de los hijos de la nobleza siguiera otra, á menos de que no gozaran de buena salud; por esta razón los tres nos vimos obligados á ser oficiales, con gran satisfacción de mi padre.

VI.

La riqueza se medía en aquellos tiempos por el número de « almas » que poseía un propietario territorial: tantas « almas », quería decir tantos siervos varones; las mujeres no se contaban. Mi padre, que era dueño de cerca de unas mil doscientas de aquéllas en tres provincias diferentes, y que tenía además grandes extensiones de terreno que dichos siervos cultivaban, era tenido por hombre rico. El procuraba mantener en la práctica esa reputación; teniendo siempre su casa abierta á disposición de sus amigos y manteniendo una numerosa servidumbre.

Eramos ocho de familia y en ocasiones diez ó doce; para cuyo servicio, cincuenta criados en Moscou, y como la mitad más en el campo, no se consideraba demasiado. Cuatro cocheros para cuidar de doce caballos; tres cocineros para los amos y dos para los otros; doce camareros sirviendo á la mesa (hallándose uno con plato en mano tras de cada persona sentada á la misma), é innumerables muchachas en el departamento de las doncellas: ¿quién era capaz de vivir con menos?

Además, la ambición de todo propietario territorial era de que, todo lo que se necesitara para el servicio, se pudiera hacer en casa sin recurrir á fuera.

Si por casualidad observaba una visita, « ¡qué bien templado está siempre vuestro piano! ¿Supongo que os lo templará Herr Schimmel? Poder contestar « tengo mi propio afinador », era entonces lo más correcto.

Si el convidado exclamaba cuando aparecía hacia el final de la comida una obra de arte compuesta de helados y pastas, « ¡qué hermoso pastel! Confesad, príncipe, que es de casa de Tremblé » (el pastelero á la moda), el responder « ha sido hecho por mi propio repostero, discípulo de aquél, á quien he permitido que muestre lo que sabe », era cosa que producía general admiración.

El tener los bordados, arneses, mueblaje, en una palabra, todo hecho por su propio personal, era el ideal de aquellos grandes propietarios. Tan pronto como los hijos de la servidumbre llegaban á la edad

de diez años, eran enviados como aprendices á las tiendas de moda, donde se les obligaba á pasar de cinco á siete años barriendo, recibiendo todo género de golpes y haciendo mandados de todas clases. Así se comprende que pocos llegaran á dominar un oficio. Los sastres y los zapateros, sólo tenían habilidad bastante para vestir y calzar á los criados, y cuando verdaderamente se necesitaba un buen pastel para un convite, se le encargaba á Tremblé, mientras que nuestro repostero tocaba el tambor en la banda de música.

Esta era otra de las aspiraciones de mi padre; y casi todos los criados varones, además de otros conocimientos, debían saber tocar algún instrumento. Makar, el afinador de piano, era también flautista; Andrei, el sastre, tocaba otro instrumento; al repostero se le puso primero á tocar el tambor; pero lo hacía tan extremadamente mal, que se le compró una enorme trompeta, con la esperanza de que sus pulmones fueran menos poderosos que sus brazos; cuando se vió que ni aun esto era posible, se le mandó al ejército. En cuanto á « Tikhon, el de los lunares », además de sus numerosas ocupaciones en la casa, como lampista, fro-tador de suelos y lacayo, prestaba mucho servicio en la banda, tocando hoy el trombón, mañana el cornetin, y el segundo violín en ciertas ocasiones. Los dos primeros de éstos constituían la única excepción: eran « violines », y nada más. Mi padre los había comprado, con sus numerosas familias, por una cantidad respetable á sus hermanas (nunca compraba ni vendía siervos á los extraños). Por las noches, cuando no iba al Club ó cuando había en casa comida ó recepción, se reunía la banda, de doce ó quince músicos, que tocaban bastante bien y eran muy solicitados por los vecinos para los bailes, y mucho más si nos hallábamos en el campo. Esto era, por supuesto, un motivo constante de satisfacción para mi padre, cuyo permiso se había de solicitar para poder disponer de su música.

Nada, en verdad, le causaba tanto placer como el que se reclamase su ayuda, ya en ese sentido ó en otro cualquiera; por ejemplo, para obtener la educación de un muchacho libre de gasto ó el indulto de la pena impuesta por un tribunal civil. Aunque se hallaba expuesto á sufrir accesos de cólera, poseía indudablemente una inclinación natural hacia la clemencia, y cuando se pedía su apoyo, se le hallaba dispuesto á escribir infinidad de cartas en todas direcciones á las personas de mayor influencia y más elevada posición, en favor de su protegido. En tales ocasiones, su correspondencia, que siempre era crecida, se veía aumentada con media docena de cartas especiales, escritas en un estilo muy original, que tenía algo de semioficial y de semihumorístico; cada una sellada, por supuesto, con sus armas, en un gran sobre cuadrado que sonaba como una sonaja, á causa de la cantidad de arenilla que contenía; pues en aquella época el uso del papel secante era desconocido. Cuanto más difícil fuera la cosa, mayores eran sus energías, no descansando hasta obtener el favor que solicitaba para su protegido, á quien en muchos casos no había visto jamás.

A mi padre le gustaba tener siempre convidados en casa: la hora de comer era las cuatro, y á las siete se reunía la familia en torno del *samovar* (tetera) para tomar el te. A esa hora acostumbraban á venir muchos amigos, y desde que nuestra hermana Elena volvió á casa,

nunca faltaban visitantes, jóvenes y viejos, que aprovecharan la ocasión. Cuando las ventanas que daban á la calle aparecían profusamente iluminadas, era bastante para dar á conocer á las gentes que la familia estaba en casa y que los amigos serían con gusto recibidos.

Casi todas las noches teníamos visitas: las mesas de juego se abrían en el salón para los aficionados á las cartas, en tanto que las señoras y los jóvenes permanecían en la sala de recepción ó en torno del piano de Elena. Después que se iban las señoras continuaba el juego, algunas veces hasta las primeras horas de la mañana, atravesándose entre los jugadores sumas de importancia; mi padre invariablemente perdía; pero el verdadero peligro para él no estaba en casa sino en el club inglés, donde las posturas eran mucho más altas que en las casas particulares, y, sobre todo, cuando lo inducían á concurrir á una partida formada de caballeros « muy dignos », en una de las casas más respetables del barrio, en la que duraba el juego toda la noche. En tales casos, lo que perdía era seguramente de consideración.

Las reuniones de confianza en que se bailaba no eran raras, sin hacer mención de un par de bailes de etiqueta, que forzosamente habían de darse todos los inviernos. En esas reuniones, mi padre procuraba que todo se hiciera en grande, sin reparar los gastos. Pero al mismo tiempo eran tan exageradas las economías que se hacían diariamente en casa, que si fuera á referirlas se las calificaría de ponderación. Se ha dicho de una familia de pretendientes al trono de Francia, renombrada por sus partidas de caza, verdaderamente regias, que en la vida íntima hasta las velas de sebo se contaban con minuciosidad. Igual clase de miseria económica se usaba en mi casa para todo; de tal suerte, que cuando nosotros fuimos mayores, detestábamos todo lo que fuera economizar y contar. Sin embargo, en el barrio nuestro, ese sistema de vida sólo sirvió para elevar el concepto en que se hallaba mi padre en la pública estimación. « El viejo príncipe — se decía — parece que es en casa algo tacaño; pero sabe vivir como lo que es ».

En nuestras tranquilas y limpias calles, esa era la clase de vida que más se respetaba. Uno de nuestros vecinos, el general D..., tenía su casa montada muy en grande, y, sin embargo, todas las mañanas ocurrían escenas extremadamente cómicas entre él y su cocinero. Una vez terminado el almuerzo, el viejo general, fumando su pipa, ordenaba la comida.

— Vamos á ver, hombre — solía decir al cocinero, que se presentaba vestido de blanco; — hoy no seremos muchos; sólo hay dos convidados. Nos harás una sopa con lo que nos ofrece la primavera: guisantes, habichuelas francesas y otras cosas por el estilo. Aún no nos has dado ninguna, y la señora, como sabes, le gusta una buena sopa á la francesa.

— Bien, señor.

— Después, lo que gustes, de entrada.

— Bien, señor.

— Los espárragos, por supuesto, no son de la estación; pero ayer vi unos manojos muy hermosos en las tiendas.

— A diez pesetas el manajo, señor.

— ¡Eso es! Además, estamos cansados de tus pollos y pavos asados; tienes que buscar otra cosa en cambio.

— ¿Venado, señor?

— Sí, sí; cualquier cosa para cambiar.

Y cuando se habían decidido los seis platos de la comida, preguntaba el general:

— ¿Cuánto he de darte para el gasto del día? ¿Supongo que bastará con ocho pesetas?

— Veinticinco, señor.

— ¡Hombre, qué disparate! Aquí tienes ocho pesetas; te aseguro que es suficiente.

— Diez de espárragos y seis de verduras y legumbres.

— Vamos, hombre, es preciso que te pongas en razón; me correré hasta diez; tienes que ser económico.

Y así continuaba el regateo durante media hora, hasta que los dos convenían en dieciocho pesetas y media, con la condición de que la comida del día siguiente no habría de costar más de cuatro pesetas. Después de lo cual, el general, muy satisfecho por haber efectuado tan buen trato, tomaba un trineo, daba una vuelta por las tiendas de moda, y volvía muy contento, trayéndole á su mujer una botella de un perfume exquisito, por el que había pagado un precio disparatado en una tienda francesa, y anunciando á su hija única que un nuevo abrigo de terciopelo, « una cosa sencilla y elegante » (y bien cara), le traerían para que se lo probara aquella tarde.

Todos nuestros parientes, que eran numerosos por parte de padre, vivían exactamente del mismo modo; y si alguna vez se presentaba un nuevo rasgo distintivo, este tomaba por lo general la forma de alguna pasión religiosa. Ocurriendo así, que un príncipe Gayárin entrase en los jesuitas, escandalizando á « todo Moscou », y otro joven príncipe ingresase en un monasterio; en tanto que muchas señoras de edad eran presa de un atroz fanatismo.

Sólo había una excepción. Uno de nuestros parientes más cercanos, el príncipe (permítidme que le llame Mirski), había pasado la juventud en San Petersburgo como oficial de la guardia. No se ocupaba en tener sus sastres y ebanistas propios, porque su casa estaba lujosamente amueblada á la moderna, y todo en ella procedía de las mejores tiendas de San Petersburgo.

No tenía propensión al juego; sólo tomaba parte en él cuando lo hacían las señoras; pero su flaco era la mesa, en la que gastaba sumas enormes.

La Cuaresma y la Pascua eran las épocas en que más visiblemente se manifestaban sus rarezas; cuando llegaba la primera, que no hubiera sido propio comer carne, crema ó manteca, aprovechaba la oportunidad para inventar toda clase de platos exquisitos compuestos de pescado. Las mejores tiendas de las dos capitales eran puestas á contribución con tal propósito; se mandaban emisarios desde sus posesiones á la desembocadura del Volga, para traer de allí en caballos de postas (en aquella época no había ferrocarril) los peces más ricos y más raros. Y al venir la segunda, su inventiva no reconocía límites.

La Pascua es en Rusia la fiesta más venerada y más alegre del año; es la de la primavera; los inmensos promontorios de nieve que durante el invierno han tenido invadidas las calles, rápidamente se liquidan, y

arroyos bulliciosos las recorren, entrando la estación de las flores, no de modo encubierto y solapado como los ladrones, sino franca y abiertamente; todos los días se notan cambios en el estado de la nieve y en el aspecto de las calles. La última semana de Cuaresma, la de Pasión, era guardada en Moscou en mi juventud con extremada solemnidad; era una época de luto general, y una multitud de personas iban á las iglesias á oír leer los pasajes más conmovedores de los Evangelios, referentes á los padecimientos de Cristo. No sólo no se comía carne, huevos y manteca, sino que muchos rechazaban hasta el pescado, y algunos de los más empedernidos no tomaban ningún alimento el Viernes Santo. Lo que hacía fuera mayor aún el contraste al llegar la Pascua.

El sábado todos iban por la noche á la iglesia, en la que se celebraban los oficios, que tenían un carácter lúgubre; pero al sonar la media noche la escena cambiaba por completo; todas las iglesias se iluminaban en el acto, y alegres repiques resonaban en centenares de campanarios. Entonces empezaba el regocijo general; las gentes se besaban tres veces unas á otras, en la mejilla, repitiendo las palabras de la resurrección; y las iglesias, ya inundadas de luz, resplandecían con las vistosas *toilettes* de las señoras. Aun la mujer más pobre, como pudiera estrenar un traje al año, es seguro que procuraría hacerlo aquella noche.

Al mismo tiempo, la Pascua era y es todavía la señal para comer sin freno, preparándose quesos especiales de crema (*paskha*) y panes, hechos igualmente para tal ocasión (*koolich*); no habiendo persona, por pobre que fuera, que no tuviera, por lo menos, una pequeña *paskha* y un pequeño *koolich* con un huevo, cuando no podía más, pintado de rojo, para que lo consagraran en la iglesia, y romper con ello el ayuno. Para la mayoría de la gente antigua, se empieza á comer por la noche, inmediatamente después de haber oído una misa rezada de Pascua y llevando á casa el alimento consagrado; pero entre la nobleza la ceremonia se posponía hasta el domingo por la mañana, en que se ponía una mesa cubierta de toda clase de viandas, quesos y pastas, y todos los criados venían á cambiar con los amos tres besos y un huevo pintado. Durante la semana de Pascua había siempre una mesa puesta en el gran salón, con los manjares referidos, invitándose á todas las visitas á que tomaran algo.

En esta ocasión, el príncipe Mirski se excedía á sí mismo; ya estuviera en San Petersburgo ó en Moscou, habían de traerle de sus posesiones un queso de crema preparado especialmente para la *paskha*, del que su repostero sacaba gran partido. Otros mensajeros se despachaban á la provincia de Mongarod, en busca de un jamón de oso que se preparaba para la mesa de Pascua del príncipe. Y mientras la princesa con sus dos hijas visitaba los más austeros monasterios, en los que los oficios nocturnos duraban tres y cuatro horas seguidas, pasando toda la Semana Santa en un estado de ánimo abatido, no comiendo más que un pedazo de pan duro, alternándolo con los sermones que oía á los predicadores rusos, católicos y protestantes, su marido daba todas las mañanas una vuelta por las conocidas tiendas de Milutin, en San Petersburgo, donde se hallaba de todo lo más selecto y delicado que se pudiera imaginar, traído de los confines del mundo, y allí escogía las cosas más notables y raras para la mesa de Pascua. Los que le vi-

sitaban en esos días se contaban por centenares, y á todos se les invitaba á « probar » de este ó de aquél plato raro.

Esto concluyó en que el príncipe se dió tales trazas, que se comió literalmente una gran fortuna; su casa, lujosamente montada, y sus estados se vendieron, y cuando él y su mujer llegaron á la vejez, nada les quedaba, ni un hogar siquiera, viéndose obligados á vivir con sus hijos.

No es, pues, maravilla que al venir la emancipación de los siervos, casi todas estas familias del barrio de los Viejos Caballerizos, estuvieran arruinadas. Pero no debo anticipar los acontecimientos.

VII.

El mantener tan numerosa servidumbre como la que había en nuestra casa, hubiera sido verdaderamente ruinoso, de haber tenido necesidad de comprar todas las provisiones en Moscou; pero en aquellos tiempos en que existían los siervos, el problema se resolvía con gran facilidad. Al llegar el invierno, mi padre se sentaba á la mesa de su despacho, y escribía lo siguiente:

« Al administrador de mi estado, Nikolskoye, situado en el gobierno de Kalúga, distrito de Merchóusk, sobre el río Sirena, del príncipe Alexei Petronick Kropotkin, coronel, y comendador de varias órdenes:

Al recibo de ésta, y tan pronto como se establezca la comunicación invernal, te ordeno mandes á mi casa, situada en la ciudad de Moscou, veinticinco trineos rurales tirados por dos caballos cada uno, un caballo por cada casa y un trineo y un hombre por cada dos casas, y cargarlos con (tantas) fanegas de avena, (tantas) de trigo y (tantas) de centeno, así como con todas las aves de corral, gansos y patos, bien helados, que han de matarse en este invierno, todo convenientemente embalado y acompañado de una lista completa al cuidado de un hombre elegido al efecto; siguiendo á este tenor hasta llenar un par de páginas, adonde se hacía punto final. Después seguía la enumeración de los castigos que se impondrían, en el caso de que las provisiones no llegaran á la casa situada en tal calle, número tal ó cual, á su debido tiempo y en buenas condiciones.

Antes de Navidad llegaban á casa los veinticinco trineos rurales, cubriendo la vasta superficie del patio.

— ¡Frol! — gritaba mi padre desde que tenía noticia de este gran acontecimiento — ¡Heryushka! ¡Yegarka! ¿Dónde están? ¡Van á robarlo todo! ¡Frol, ve á recibir la avena! ¡Uliana, ve á recibir las aves! ¡Heryushka, llama á la princesa!

Toda la casa se ponía en conmoción, corriendo los criados atropelladamente en todas direcciones, del salón al patio y del patio al salón; pero con preferencia al departamento de las doncellas, para dar allí las noticias de Nikolskoye: « Pastia se va á casar después de Navidad. Su tía Anna ha entregado su alma á Dios », y otras por el estilo. También habían venido cartas, y nunca faltaba una criada que subiera á mi habitación.

— ¿Estáis solo? ¿No está el maestro?

— No; está en la Universidad.

— Bueno, pues entonces, tened la bondad de leerme esta carta de mi madre.

Y yo le leía la carta candorosa, que empezaba siempre con estas palabras: « Padre y madre os mandan su bendición por todos los siglos de los siglos ». Después de lo cual seguían las noticias: « Tía Eupraxie está enferma, le duelen todos los huesos, y tu primo no se ha casado aún; pero espera hacerlo después de Pascua; y la vaca de tía Stepanida murió el día de Todos los Santos ». A continuación venían las memorias, que llenaban dos páginas: « Hermano Paul te manda memorias, tus hermanos Mary y Darea te mandan memorias, y después tío Dmitri te manda también muchas memorias », y así sucesivamente. Sin embargo, á pesar de la monotonía de la enumeración, cada nombre daba lugar á una observación: « Luego, vive aún, pobre criatura, cuando manda memorias; hace nueve años que está baldada. » O esta otra: « ¡Ah! no me ha olvidado; entonces volverá por Navidad; es guapo muchacho. ¿Me escribiréis una carta, no es verdad? pues no debo olvidarlo ». Yo, como es natural, lo prometía, y á su tiempo la escribía en el mismo estilo.

Después de haberse descargado los trineos, se llenaba el salón de campesinos, que se habían puesto sus mejores ropas sobre sus zamarras, y aguardaban hasta que mi padre los llamase á su despacho, á echar un párrafo sobre la nieve y el aspecto de las próximas cosechas. Apenas se atrevían á andar con sus pesadas botas sobre el suelo encerado; los menos se aventuraban á sentarse al borde de un banco de madera; pero ninguno osaba hacerlo en silla. Así aguardaban horas enteras, mirando con recelo á todo el que entraba ó salía en el gabinete de mi padre.

Más tarde, por lo general á la mañana siguiente, uno de los criados había de subir con cautela á la habitación que servía de clase.

— ¿Estáis solo?

— Sí.

— Entonces venid pronto al salón. Los campesinos quieren veros; traen alguna razón de vuestra nodriza.

Cuando bajaba allí, uno de ellos me había de dar un bultito, conteniendo comúnmente algunas tortas de centeno, media docena de huevos duros y algunas manzanas, envuelto todo en un pañuelo de algodón de vivos colores. « Tomad eso; vuestra nodriza Vasilina es quien os lo manda. Mirad si se han helado las manzanas: espero que no; las he traído todo el camino en el pecho. Hemos tenido espantosas heladas ». Y en el ancho y franco rostro, rodeado de una barba espesa, se dibujaba una sonrisa, mostrando dos hileras de hermosos dientes blancos á través de un verdadero bosque de pelo.

— Y esto es para vuestro hermano, de parte de su nodriza Unna — solía decir otro del grupo, dándome otro envoltorio semejante. — Ella dice — agregaba —: nunca tendrá bastante en la escuela.

Yo, avergonzado, y no sabiendo qué decir, acababa por murmurar: « Decid á Vasilina que le envíe un beso, y á Unna otro por mi hermano », lo que todos escuchaban con alegría.

— Lo haré así; perded cuidado.

Entonces Hirila, que había estado al acecho vigilando la puerta

del despacho, venía á decir á media voz: « Marchaos corriendo arriba; vuestro padre puede venir de un momento á otro. No olvidéis los pañuelos: quieren llevarlos de vuelta.

Mientras que los doblaba con cuidado, pensaba en mandarles alguna cosa; pero no tenía nada, ni aun juguetes, y jamás disponíamos de dinero de ninguna clase.

* * *

Donde mejor nos encontrábamos, como es de suponer, era en el campo. Desde el momento que pasaban la Pascua de Navidad y la de Pentecostés, nuestro pensamiento se fijaba en Nikolskoye. El tiempo transcurría, sin embargo; la época de las flores se extinguía, y una multitud de negocios retenían aún en la población á mi padre. Al fin, cinco ó seis carros de labranza entraban por la puerta del patio: venían á recoger todo lo que era necesario mandar á la casa de campo.

El antiguo coche grande y los otros carruajes en que habíamos de hacer el viaje, se sacaban de las cocheras y se inspeccionaban una vez más: luego se empezaba á hacer el equipaje, y nuestras lecciones progresaban poco, porque á cada instante interrumpíamos al maestro preguntando si habríamos de llevar tal cual libro, y mucho antes que los demás, dábamos comienzo á empaquetar nuestros libros, nuestras pizarras y los juguetes que nosotros mismos nos habíamos hecho.

Todo estaba dispuesto: los carros se encontraban bien cargados de muebles, cajas con los utensilios de cocina é innumerables botes de cristal vacíos, que debían volver en el otoño cargados de toda clase de conservas. La gente aguardaba inútilmente todas las mañanas la hora de partir; pero ésta no llegaba. Mi padre seguía escribiendo todo el día en su despacho, y de noche desaparecía, hasta que al fin, habiéndose aventurado una doncella de mi madrastra á decir que la gente estaba deseosa de volver, porque se acercaba la época de segar el heno, aquella intervenía.

Al día siguiente, Frol, el mayordomo, y Mikael Aleeff, el primer violín, eran llamados al gabinete de mi padre. Se le entregaba al primero un saco con el « dinero del camino », esto es, algunas monedas de cobre diarias por cabeza para cada una de las cuarenta ó cincuenta personas que formaban la expedición; y, además, una lista, en la que figuraban todos: la banda completa, después los cocineros y sus ayudantes, las lavanderas y la mujer que las ayudaba, que se veía con seis hijos pequeños: Polka la Bizca, Domna la Grande, Domna la Chica y los restantes.

El primer violín recibía la « orden de marcha ». Yo estaba bien enterado, porque viendo mi padre que no concluía nunca, me había mandado que la pasase al libro donde guardaba copia de todo lo que mandaba fuera:

« Al sirviente de mi casa, Mikhael Aleeff, del príncipe Alexei Petronich Kropotkin, coronel y comendador.

« Te ordeno marches, hecho cargo de la expedición, el 29 de Mayo, á las seis de la mañana, partiendo de la ciudad de Moscou en dirección á mi estado, cuya situación es el gobierno de Haluga, distrito de Mes-

chousk, sobre el río Sirena, representando una distancia de ciento sesenta millas de esta casa, cuidando del buen proceder de los hombres encomendados á tu dirección; y si alguno de ellos cometiera alguna falta, observando mala conducta, embriagándose ó incurriendo en insubordinación, lo presentarás al comandante del destacamento, que, perteneciente á las guarniciones del interior, halles más inmediato, con la adjunta carta circular, pidiendo que lo azoten (el primer violín sabía lo que esto significaba), como ejemplo para los demás.

« Se te ordena también mirar especialmente por la integridad de los géneros encomendados á tu custodia y caminar con arreglo á la instrucción siguiente: Primer día, parada en el pueblo (tal) ó (cual), para que descanse el ganado; segundo día, pasar la noche en el pueblo de Rodolsk », y así sucesivamente para los siete ú ocho días que había de durar el viaje.

El día siguiente, á las diez, en vez de á las seis — la puntualidad no es una virtud rusa (« gracias á Dios, no somos alemanes », acostumbraban á decir los verdaderos rusos) —, los carros se ponían en movimiento. La servidumbre tenía que hacer el viaje á pie; sólo los niños se acomodaban en una bañadera ó una banasta en lo alto de los carros, y algunas de las mujeres encontraban un descanso temporal en sus bordes; los demás tenían que andar todos los 565 kilómetros. Mientras que se atravesaba Moscou se mantenía la disciplina; estaba terminantemente prohibido el usar botas altas ó llevar fajas por encima del traje. Pero cuando se hallaban de camino, en el que los encontrábamos un par de días más tarde, y, sobre todo, cuando sabían que mi padre permanecería algunos días más en Moscou, los hombres y las mujeres, vestidos de la manera más estrambótica, con pañuelos de algodón ceñidos á la cintura, tostados por el sol ó empapados bajo la lluvia, y apoyándose en palos que habían cortado al paso, parecían indudablemente más bien una banda errante de gitanos, que la servidumbre de un opulento propietario. Iguales peregrinaciones se hacían de todas las casas en aquella época, y cuando veíamos una fila de criados marchando á lo largo de una calle, ya sabíamos que los Apukhtins ó los Pryanishnikoffs se iban fuera.

A pesar de haberse marchado los carros, la familia no se movía: todos estábamos hartos de esperar; pero mi padre continuaba escribiendo interminables órdenes á los administradores de sus estados, que yo diligentemente copiaba en el gran libro destinado al efecto. Por último, se dió la orden de partir: se nos llamó abajo; mi padre leyó en alta voz la orden de marcha, dirigida á « la princesa Kropotkin, esposa del príncipe Alexei Petrovich Kropotkin, coronel, y comendador », en la que se especificaban las paradas que se habían de hacer durante los cinco días de viaje. Verdad es que la orden se había redactado para el 30 de Mayo, y hora de salida las nueve de la mañana; y como estábamos ya en Junio, y se había de partir por la tarde, todos los cálculos quedaban nullos; pero, como es costumbre en las órdenes de marcha militares, este caso había sido previsto, y la dificultad resuelta en el párrafo siguiente:

« Pero, sin embargo, si, contrario á lo que es de esperar, la partida de vuestra alteza no tiene lugar en el referido día y hora, se os encarga

procedáis con arreglo á vuestro mejor criterio, con objeto de realizar el viaje en las mejores condiciones posibles ».

Entonces todos los presentes, familia y sirvientes, se sentaban un momento, hacían la señal de la cruz y se despedían de mi padre. « Te suplico, Alexis, que no vayas al club » — le decía á media voz nuestra madrastra. El carruaje grande, tirado por cuatro caballos, con un postillón, se hallaba á la puerta, con su pequeña escala desdoblada, para facilitar la ascensión, encontrándose también allí los demás coches. A pesar de que nuestros sitios estaban enumerados en la orden de marcha, ya nuestra madrastra tenía que hacer uso de su « mejor criterio » aun en este primer período del viaje, y partíamos con gran satisfacción de todos.

Esto era una fuente inagotable de placeres para nosotros los niños. Las jornadas eran cortas y parábamos dos veces al día para echar un pienso á los caballos. Como las señoras se sentían molestas cada vez que el desnivel del terreno era de alguna consideración, se creyó lo más conveniente aligerar los carruajes, cuando había que subir ó bajar una cuesta, lo que ocurría con frecuencia, y nosotros nos aprovechábamos de esto para echar una ojeada al bosque que bordeaba al camino ó correr á lo largo de algún cristalino arroyo. La carretera tan bien cuidada de Moscou á Varsovia, que seguimos durante algún tiempo, se hallaba cubierta de una multitud de objetos interesantes; filas de carros cargados, grupos de peregrinos y gentes de todas clases. Dos veces al día hacíamos alto en pueblos grandes y animados, y después de tratar un buen rato sobre el precio del heno y la avena, así como el del samovar, bajábamos á la puerta de una posada. Andrei, el cocinero, compraba un pollo y hacía la sopa; y, mientras tanto, nosotros corríamos al inmediato bosque, ó nos entreteníamos examinando el patio de la gran posada.

En Maloyaroslanetz, donde se dió una batalla el año 12, cuando el ejército ruso intentó en vano detener á Napoleón en su retirada de Moscou, acostumbrábamos á pasar la noche. M. Paulain, que había, sido herido en la guerra de España, sabía, ó pretendía saber, todo lo referente á la batalla de Maloyaroslanetz; llevándonos al campo de la acción, y explicándonos de qué modo intentaron los rusos contrarrestar el avance de Napoleón, y de qué manera el gran ejército los derrotó, abriéndose paso á través de las líneas rusas. Lo hacía de tal modo, como si él mismo hubiera tomado parte en la batalla. Aquí los cosacos intentaron *un mouvement tournant*, pero Davoust, ó algún otro general los rechazó, persiguiéndolos hasta más allá de esos cerros de la derecha. Allá, el ala izquierda de Napoleón, desbarataba la infantería rusa, y ahí, el mismo Napoleón, á la cabeza de la antigua guardia, cargó el centro en Huturaff, cubriéndose él y los suyos de gloria impercedera.

Mas adelante, tomamos el antiguo camino de Kaluga, deteniéndonos en Tarútino; pero aquí Paulain no era tan elocuente; porque en dicho lugar fué donde Napoleón, que pensaba retirarse por el Sur, se vió obligado, después de un sangriento combate, á abandonar aquel plan, no teniendo más remedio que seguir el camino de Smolénsk, que su ejército había desbaratado durante su marcha sobre Moscou. Pero, así y todo, según manifestaba Paulain, si no hubiera sido Napoleón